

Etapas de la Vida Familiar

La Familia:

Manual de reparaciones de: Agnes Ghaznavi

La vida es como un río que fluye sin cesar: uno no puede quedarse parado ni nadar contra la poderosa corriente.

La vida trae cambios relacionados con el crecimiento y que exigen flexibilidad.

Una pareja concibe un niño. Mientras aguardan su nacimiento, a medida que transcurre el embarazo y el parto se hace inminente, hacen sitio al nuevo miembro de la familia. Si la pareja no le reservase un espacio de su casa (y en sus vidas), el nacimiento del niño les ocasionaría un gran trastorno. ¡A veces, también los ancianos pueden permanecer anclados en el pasado resistiéndose a seguir avanzando y convertirse en abuelos!

Cuando nace el primer hijo, se constituye una familia. Con el nacimiento de más niños, la familia adquiere forma, estructura, variedad y creatividad. Las diversas relaciones permiten que todos los miembros de la familia aprendan nuevas aptitudes: la madre delega parte del cuidado del niño en el padre y en el hijo mayor, si es que no lo ha hecho ya llamando a los abuelos, a vecinos o a amigos. Los padres y los hijos mayores mejoran así en eficiencia y capacidad.

Al alcanzar la edad escolar, los niños entran tranquilamente en un mundo más amplio. Esto lo perciben, sobre todo, las madres, y también los hermanos más jóvenes. Los niños se integran muy deprisa en el ambiente de sus compañeros y, a la edad de diez u once años, suelen ponerse de parte de ellos en vez de preferir a su familia, para gran disgusto de sus padres.

Cuando los jóvenes terminan el colegio, sea para entrar en el mundo del trabajo, iniciar la formación profesional o ir a la universidad, a los padres se les cierra un capítulo de la vida. Se convierten de nuevo en una pareja y tienen que afrontar grandes cambios. Es posible que ya deban cuidar a sus ancianos progenitores; la mujer puede tener ya un trabajo a jornada parcial o completa, y el hombre comienza a abandonar el rol de ser quien mantiene a la familia, siempre y cuando no hayan crecido sus ambiciones y construya grandes casas o negocios que sustituyan su autoridad en la familia.

Tras la jubilación, la pareja madura y desarrolla otras facetas de la vida, iniciadas varias décadas antes: son los aspectos espirituales de su relación. Si una familia es rígida, el paso a nuevas etapas creará trastornos y angustia. La falta de felicidad se manifiesta en forma de depresiones y, a veces, locura; o bien dejando la escuela o el trabajo o yendo a la ruina, en vez de aceptar la propia incapacidad de hacer frente a la nueva situación. Pero, si entendemos las etapas normales de la vida y las recibimos con los brazos abiertos, podemos obtener beneficios de cada nueva fase y de las oportunidades que nos ofrece para aprender más cosas, de modo que podamos pasar a la siguiente habiendo obtenido amplias satisfacciones de la anterior.

Volvamos a examinar estas etapas. Si repasamos la vida de un árbol frutal, veremos la semilla, una entidad diminuta que protege la vida: luego el embrión, el brote, el tallo nuevo y tierno; más tarde, los primeros capullos en sus delgadas ramas y la formación de los frutos; al alcanzar su máxima madurez y belleza, el árbol está cargado de frutos; por último, el musgo o los parásitos lo debilitarán y los cambios meteorológicos, las tormentas, los rayos y el granizo minan su esplendor y su salud, hasta que devuelve toda su savia a la tierra a través de las raíces y se seca.

Si ahora contemplamos al hijo, el fruto de la familia, podremos comprender que darle la vida es uno de los objetivos implícitos de un joven matrimonio. La pareja aprende a hacer un hueco a otro ser que necesita sus cuidados, y se preocupan o se alegran al ver sus puntos débiles, sus habilidades y su desarrollo gradual. El niño crece, nacen otros hijos, el niño ingresa en el parvulario y luego en la escuela, hace amigos, intenta establecer relaciones con el otro sexo hasta que inicia una relación estable con una pareja, y juntos fundan una familia apoyándose en los ingresos que les proporciona su profesión.

Durante este proceso, la madre, el padre, la pareja, los abuelos y los vecinos fomentan, practican y perfeccionan distintas funciones. La madre prepara su cuerpo y su alma para recibir, proteger y criar a ese desvalido ser; el padre presta su apoyo tanto al hijo como a la madre. El niño madura y se libera de esta relación íntima de protección para incorporarse al mundo exterior y desarrollar en él sus capacidades. La madre, tras haber cuidado a su último hijo durante su crecimiento, se desvincula también de esta relación tan próxima y busca otras esferas de actividad para sus ya maduras capacidades. La relación mutua del padre y la madre se profundiza más al haber criado a sus hijos.

Cuando los hijos se independizan, esa relación se estrecha aún más, ganando en profundidad y en belleza espiritual; así se convierte en un regalo que la pareja madura ofrece a sus hijos, a sus nietos y a la sociedad en general.

Para que este proceso dé sus frutos, tanto en el plano material (niños, bienes, dinero, escuela, trabajo, etc.) como en el espiritual (cualidades, relaciones, habilidades y conocimientos humanos refinados), necesitamos los métodos modernos de consulta y cooperación dentro del ya viejo marco del amor y del nuevo contexto de la unidad en la diversidad.

“Así se forja la afinidad entre marido y mujer y quedan unidos en armonía como si fuesen una sola persona. Mediante su unión, su compañerismo y amor, en el mundo se producen grandes resultados, tanto materiales como espirituales. El resultado espiritual es la aparición de las manifestaciones divinas. El resultado material son los niños nacidos en la cuna del amor de Dios, nutridos por el pecho del conocimiento de Dios, crecidos en el seno de los dones de Dios y criados en el regazo de la educación de Dios. Así son los niños de los que Cristo dijo: “¡En verdad, ellos son los niños del Reino!”.
